

En torno a la *Raclette*, de Inma López Silva

Revista Tempos Novos. N° 236. Enero 2017

Premiado con el Álvaro Cunqueiro en 2014, *Raclette* es un texto dramáticamente ambicioso que el autor, Santiago Cortegoso, lleva a las tablas de la mano de su compañía, Ibuprofeno Teatro. De ella nos había gustado especialmente *Pequeños actos pesudorrevolucionarios*, una pieza que da una vuelta de tuerca a un concepto de “teatro comprometido” que, sin huir de lo político, obliga al espectador a tomar posición ante las contradicciones ideológicas de nuestra sociedad. Mucho de esto hai en *Raclette*, donde el argumento se construye desde los presupuestos fundamentales de la alta comedia realista para introducir la crudeza de los dramas actuales, no exentos de la crítica política que sella la poética de la compañía.

Raclette es una obra compleja en su organización dramática, que juega a los paralelismos y a una idea circular en el argumento que se traslada a la disposición escénica. Bien medido y estructurado, ese círculo genera con el espectador un pacto en el que el adelanto de los acontecimientos sirve para generar la empatía con los personajes propia del drama y para establecer una serie de motivos recurrentes que, si en un primer momento aparentan simples excusas para orientar la pieza al lenguaje de la comedia, sirven finalmente para proporcionar al argumento un auténtico giro aristotélico, basado en la clásica hamartía, pero con una lectura ciertamente contemporánea que no desvelaremos. La obra también es, por esto, una pieza de personajes en una selección de actores y actrices en la que el principal reto de la dirección (no siempre conseguido pero si evidente en las pautas interpretativas) sería unificar estilos y lograr desvincular a cada intérprete de su línea de actuación preferente.

Lo más interesante de la obra es como Cortegoso, combinando esa oscilación comedia-drama, es capaz de atrapar al espectador e irlo llevando, manipulándolo en realidad, hacia la toma de posición en un tema concreto: la obsesión contemporánea con determinados modos de alimentación y como estos generan un concepto de clase que da un giro no necesariamente económico a la tradicional clase marxista. Este juego con el espectador se salienta escénicamente a través de su proximidad física, obligándolo a observar la acción desde su inmersión en la propia escena, a modo de *voyeur* que, finalmente, observaría su propia condición social y vital. Por esto, hay un sentido en la huida de la frontalidad que propone *Raclette*, una huida que se canaliza a través del propio espacio escénico y de la circularidad que organiza la mesa a la que se sientan y constituye el punto de partida de la acción, así como las propias relaciones entre los personajes con el motivo principal de la intriga.

Raclette, de Ibuprofeno, es una de esas obras que reivindica el sentido crítico tradicional del teatro y demuestra que se puede optar por la aproximación a los espectadores sin necesariamente perder la ambición reflexiva propia de los discursos intelectuales. Y eso no es poco.

**Ambas críticas están traducidas del gallego por Santiago Cortegoso*